

El 68 en México: José Revueltas y la nueva revolución

por **Carlos Illades** | Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa

Al comenzar la segunda mitad del siglo XX el mundo desarrollado experimentaba lo que E. P. Thompson llamó la Gran Apatía: una sociedad que gozaba del progreso material sin precedentes alcanzado en la posguerra, una clase obrera dócil con alto poder de consumo y una izquierda socialista que había renunciado a la transformación radical del *statu quo*. En este contexto, el historiador constataba en “El socialismo y los intelectuales” (1957) que “hoy día me parece que el circuito por el cual las ideas son transformadas en energías sociales efectivas se ha roto; por un lado, con la retirada de los intelectuales, y por el otro, debido a la estructura burocrática del movimiento obrero” (Thompson 2016, 86).

Del otro lado del Atlántico Marcuse realizaba la teorización más sólida del estado de ánimo de la época, de la imposibilidad cuasi orgánica de la sociedad industrial avanzada de romper la hegemonía del capital, consentida incluso por los subalternos, esa suerte de “servidumbre voluntaria” contemporánea de la que habló La Boétie en la modernidad temprana. La administración en la “sociedad opulenta” o “sociedad cerrada” racionalizaba esta forma de dominación despersonalizada en la que el cambio social era inconcebible y la autonomía del individuo irrealizable, dado que la cultura industrial filtró hasta la médula del proceso de producción, de modo tal que en “el *pensamiento* y conducta *unidimensional* . . . las ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo” (Marcuse 2016, 50).

El 68 mexicano no escapó al estado de ánimo del momento: los más jóvenes entre los universitarios y politécnicos eran los más enojados, aunque la

resistencia más robusta a la embestida del Ejército la llevaron a cabo los estudiantes de las escuelas de graduados del Politécnico, con mayores nexos profesionales y familiares con los obreros industriales. No obstante, la ira no fue lo que se impuso: el 68 “fue un movimiento en defensa de los derechos humanos”, como apunta Carlos Monsiváis. Un pliego petitorio con seis demandas básicas —libertad a los presos políticos, destitución de los jefes de policía y del cuerpo antimotines, desaparición de este aparato de seguridad, derogación del delito de disolución social consignado en el código penal, indemnización a las familias de los muertos a causa de la represión del movimiento y fincar responsabilidades penales a los mandos de los órganos de seguridad— desató la violencia del Estado autoritario erigido por la revolución triunfante (Rodríguez Kuri 2003, 84; Zermeño 1978, 2018–219; Monsiváis 2008, 11).

Rotos críticamente los lazos con las ideologías de la Revolución mexicana y del comunismo oficial, José Revueltas abrazó las propuestas de la nueva izquierda y el movimiento estudiantil de 1968 fue el laboratorio de su praxis política. A poco de iniciado este, el escritor literalmente fijó su residencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional: la revolución no debía únicamente pensarse, debía también vivirse. El gurú intelectual de los jóvenes universitarios fue Revueltas, y ellos hicieron todo lo que estuvo a su alcance para resguardarlo cuando el Ejército ocupó la Ciudad Universitaria en septiembre de 1968. Durante dos meses lograron su propósito, pero el 15 de noviembre de 1968 lo aprehendieron las fuerzas de seguridad en la colonia Narvarte (Ruiz Abreu 2014, 31).

Aquella tarde el autor de *Los días terrenales* había dictado en Filosofía y Letras una conferencia sobre “autogestión académica y universidad crítica”. Los textos dedicados a estos temas muestran desplazamientos conceptuales interesantes. Sin abandonar la problemática de la enajenación que recorre toda su obra y sin hacer de lado el objetivo de la revolución, Revueltas “carga” los nuevos conceptos con el contenido previamente dado al partido (“cerebro colectivo”). Sin embargo, no será esta entidad “históricamente inexistente”, el PCM, quien tenga el cometido de fungir como la “conciencia organizada” de la clase obrera: el nuevo espacio será transitoriamente la universidad. Pero no el claustro habido hasta entonces, sino la universidad crítica prefigurada en las jornadas estudiantiles. Ahora bien, para ser crítica la universidad debía ampliar su noción de autonomía. Esta no debía ceñirse al autogobierno, más que nada habría de entenderse como “libertad y extraterritorialidad del pensamiento sin límites de ninguna especie que lo contengan”. En consecuencia, la autonomía debía concebirse en tanto que “categoría gnoseológica”, es decir, constituía una manera de producir conocimiento, pero que no se conformaba con explicar la realidad sino transformarla (Revueltas 1979, 112, 110).

La reflexión crítica instituida durante aquellas jornadas y la democracia horizontal del movimiento estudiantil constituían para el novelista el embrión de la sociedad futura, la nueva práctica (autónoma, crítica y plural) en la que ésta debería fundarse. Por tanto, el sujeto del cambio no sería en lo inmediato un movimiento obrero sometido por el régimen autoritario; lo conformarían los estudiantes dentro de un espacio universitario no alienado. De esta manera Revueltas aseveró: “La juventud no son los jóvenes sino los cambios que en la sociedad propugnan los jóvenes”. El escritor propuso que la autogestión académica, alimentada por una conciencia crítica, dejara atrás a la universidad en cuanto “almacén donde se depositen los conocimientos” que, liberados por la praxis autogestiva, asumirán el contenido revolucionario “al transformar lo que conoce” (Revueltas 1979, 110, 120).

Revueltas, dijimos, caracterizó el movimiento de 1968 como una “revolución estudiantil”, a su juicio el momento fundacional de la nueva revolución dentro del “horizonte histórico de México”, esto es, la superación dialéctica de la Revolución mexicana, con la cual la burguesía asumió “el poder desde 1917”. En reacción en cadena, el concepto y práctica de la autonomía traspasó las fronteras universitarias convirtiéndose en patrimonio común del estudiantado en su conjunto. Asimismo, extendió la crítica de la institución educativa hacia “*los planos del cuestionamiento político de la sociedad y de sus estructuras*”. De allí permearía hacia el resto de la sociedad, pues, en una segunda fase, cristalizaría en la “*autodeterminación política* de todos los sectores del pueblo, con la clase obrera a la cabeza, o sea, la nueva revolución que ha de cambiar en México el rumbo de la historia”. Con salvedades, trotskistas, maoístas y marxistas independientes, presentes en los “círculos dirigentes de la masa estudiantil”, podrían integrarse y contribuir a conformar el futuro partido de la clase obrera que encabezara la segunda gran Revolución mexicana del siglo XX (Revueltas 1979, 130, 140, 131, 136, 147. Énfasis propio).

La manifestación del 27 de agosto de 1968 en el Zócalo marcó la cúspide del movimiento estudiantil, mientras que la masacre del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas lo diezmó. Entre una y otra el gobierno escaló la represión contra los jóvenes que, después de la noche de Tlatelolco, derivó en persecución abierta. La policía capitalina prohibió las movilizaciones callejeras confinando la protesta estudiantil dentro de los recintos universitarios, lo que no evitó las detenciones arbitrarias por parte de la policía. A mediados de 1970 comenzó a reactivarse el movimiento estudiantil coordinado por los comités de lucha que se formaron en escuelas y facultades —herederos del Consejo Nacional de Huelga (CNH) disuelto en diciembre de 1968—, acaudillados por los militantes de la vieja y nueva izquierdas curtidas en las jornadas estudiantiles. La propuesta de amnistiar a los presos políticos por parte del nuevo rector de la UNAM, retomada por el presidente de la república entrante, brindó un segundo aire al movimiento (Rivas Ontiveros 2007, 628, 663 y ss).

Ese era el ambiente universitario cuando Revueltas abandonó la prisión “bajo protesta” —ya que continuaba sujeto a proceso— el 13 de mayo de 1971. Fuera de Lecumberri, el autor de *El luto humano* intentó promover la autogestión académica entre los estudiantes universitarios, y además derivó dos conceptos de aquella: “conciencia libre” y “democracia cognoscitiva”. El primero implica que la conciencia es una sola, por lo cual es erróneo —producto de la “beatería pseudomarxista”— escindir la maniqueamente en “conciencia burguesa” y “conciencia proletaria”, una mala y otra buena, aquella ideológica, esta científica, contrarrevolucionaria y pura, respectivamente. Únicamente existe una conciencia racional y esta es necesariamente crítica, de acuerdo con Revueltas. Para su desarrollo pleno la “conciencia libre”, esta suerte de ciudadanía de las ideas se ejerce dentro de la “democracia cognoscitiva”, la cual supone “la confrontación de tendencias”, la impugnación de situaciones, la lucha de ideas”. Este cuestionamiento libre, crítico y democrático constituyó para el escritor duranguense el legado mayor del movimiento juvenil de 1968 en todo el mundo. Ante la mediatización de la clase obrera —en Occidente, el bloque socialista y el Tercer Mundo— la conciencia proletaria había quedado depositada en los intelectuales críticos “cuyo objetivo esencial no es sustituir a la clase obrera, sino influir sobre ella y hacerla retomar su papel dirigente” (Revueltas 1979, 154, 156).

La derrota del movimiento ferrocarrilero, cuyo cuestionamiento llevó a final de cuentas a la expulsión definitiva de Revueltas del PCM, es resignificada por el novelista a través de la narrativa que construye a partir de la experiencia del 68. Ambos forman parte de un continuo histórico en el que el fracaso obrero es superado con lo que concibe como victoria del movimiento estudiantil, el mundo cerrado y oscuro del corporativismo estatal es descubierto por la acción de los jóvenes, y el lenguaje del proletariado lo verbalizan estos, adelantando el futuro. La represión gubernamental de los ferrocarrileros conculcó los derechos de toda la sociedad, en tanto que la lucha estudiantil abrió la oportunidad de resarcirlos. Ello, apunta el novelista, “no es un accidente en modo alguno:

indica la profunda naturaleza histórica que tiene y el camino que le falta todavía por recorrer” (Revueltas 1979, 153).

Posiblemente por su acercamiento al trotskismo en 1968, Revueltas delineó en 1971 una suerte de Programa de Transición —lo nombra “Plataforma”— del “Movimiento de la Nueva Izquierda Independiente”, el cual articularía a los estudiantes con las clases trabajadoras. La Plataforma de Transición constaba de cuatro puntos: 1) reforma universitaria; 2) independencia sindical y política de la clase obrera; 3) democracia agraria; 4) apertura del sistema electoral a todos los partidos políticos. Como es evidente, todas las demandas son inequívocamente democráticas. Habiendo abjurado del centralismo democrático comunista, el autor de *Los errores* propuso que el Movimiento de la Nueva Izquierda funcionara piramidalmente, de abajo hacia arriba, por medio de asambleas locales (centros educativos), asambleas generales (instituciones de educación superior), asambleas regionales (por entidad federativa) y por “la asamblea nacional de masas”. Esto es, una democracia sustantiva basada en la comunidad, no en la mera aritmética de su definición liberal (Revueltas 1979, 163-164; Draper 2018, 70. Se cita el primero).

Revueltas culminó de esta forma su ciclo comunista, que inició bajo el influjo de la Revolución de Octubre y cerró con la caracterización del Estado soviético como un “Estado nuclear” —equivalente al estadounidense— generador de nuevas formas de alienación humana y de afirmación del Estado, no de su extinción como auguró el marxismo clásico. Estados que transformaron a los individuos en objetos, en engranajes de una maquinaria que los consume, sacrificando su desarrollo en beneficio de la productividad y la eficacia orientadas hacia el lucro y controladas por el poder. Negación todo esto de los valores de la universidad crítica. Y, más que eso, de la libertad humana, traicionando “la gratuidad del hombre y la pureza del ocio” (Revueltas 1979, 168).

Revueltas no estaba por edificar mitos nacionales nuevos o por refrendar el esencialismo de la filosofía de lo mexicano; antes bien, pensaba que la

historia era un proceso, aunque no necesariamente para mejor (la transformación de la Unión Soviética en un Estado nuclear lo demostraba), que esta poseía estructuras profundas que delimitaban el campo de lo posible, pero que la acción libre, reflexiva y concertada de los actores era decisiva en su curso. Esto hacía imprescindible acabar con las “ficciones ideológicas” y alcanzar la “libertad real”, esto es, la autonomía, la posibilidad de la sociedad de gobernarse a sí misma. Ese era el sentido último de la democracia, el traslado del poder del Estado hacia la sociedad. Sin ejercer la violencia contra los demás —como hizo el Ejército en el 68—, pero con la autogestión obrera en las empresas privadas y públicas, además de la libre concurrencia política, podrían “las clases revolucionarias asumir el control del proceso histórico”. Más gramsciano que leninista, y más autogestionario que estatista, el último Revueltas no veía “otro camino que no sea —hoy por hoy— el camino democrático”, pues otro distinto “nos llevaría a un socialismo no democrático, es decir, nos llevaría a traicionar el proyecto socialista” (Revueltas 1979, 172, 162). Eso y no otra cosa sería la nueva revolución.

Referencias

Draper, Susana

2018 *México 1968: Experimentos de la libertad. Constelaciones de la democracia*. México: Siglo XXI.

Marcuse, Herbert

2016 *El hombre unidimensional*. Prólogo y traducción de Antonio Elorza, 2ª ed. Barcelona: Ariel.

Monsiváis, Carlos

2008 *El 68: La tradición de la resistencia*. México: Era.

Revueltas, José

1979 *México 68: Juventud y revolución*. Prólogo de Roberto Escudero, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, 2ª ed. Obras completas 15. México: Era.

Rivas Ontiveros, José René

2007 *La izquierda estudiantil en la UNAM: Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*. Prólogo de Sergio Zermeño. México: UNAM/Miguel Ángel Porrúa.

Rodríguez Kuri, Ariel

2003 “Los primeros días: Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”. *Historia Mexicana* 53 (1): 179-228.

Ruiz Abreu, Álvaro

2014 *José Revueltas: Los muros de la utopía*. 2ª ed. México: Cal y Arena.

Thompson, Edward Palmer

2016 *Democracia y socialismo*. Edición crítica de Alejandro Estrella, prólogo de Bryan Palmer, traducción de América Bustamante. México: UAM/CLACSO.

Zermeño, Sergio

1978 *México: Una democracia utópica. El movimiento estudiantil de 1968*. Prólogo de Carlos Monsiváis. México: Siglo XXI. //